

San Benito

Javier Álvarez-Ossorio ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 115 – 4 de julio de 2017



Vidriera en la catedral
de Sermoneta (Italia)

**“Que no antepongan
absolutamente nada
al amor de Cristo, y que Él nos lleve
a todos juntos a la vida eterna”**

(Regla de san Benito, Cap LXXII, 11-12)

El 14 de abril de 1817, en la carta circular que anunciaba la aprobación de la Congregación por parte de la Santa Sede, el Buen Padre hace una breve referencia a *“nuestro bienaventurado padre san Benito, patriarca de los cenobitas de Occidente”*.

Nueve años más tarde, en la carta circular del 11 de febrero de 1826, con la que envía las reglas completadas por los Capítulos Generales de 1819 y 1824, y confirmadas por el Papa León XII en 1825, la referencia a san Benito se hace mucho

más extensa. Después de afirmar que *“la Regla de san Benito es el fundamento de la nuestra”*, y de recomendar especialmente la lectura de algunos de sus capítulos, el Buen Padre dedica un extenso párrafo a comentar algunos de los temas que considera esenciales en la Regla benedictina.

¿Qué pasó durante esos nueve años para que el Buen Padre reforzara tanto su interés por la Regla de san Benito?

Por un lado, la rama masculina había aumentado rápidamente en número de miembros. En 1815, los hermanos eran 22. En 1825, eran ya 122. Un incremento de 10 al año, justo lo contrario del ritmo de disminución que experimentamos en el momento actual de nuestra historia.

Por otra parte, al ser más grande el grupo, el espíritu inicial de generosidad y celo religioso parecía diluirse. En la carta de clausura del segundo Capítulo General (20 de septiembre de 1824), el Buen Padre denunciaba, de manera dramática, la indocilidad y

el orgullo de muchos hermanos: el rechazo de la autoridad de los superiores, la falta de atención a los pobres, el excesivo interés por "la ciencia que hincha" y por los cargos de prestigio, el amor propio, la falta de pobreza, los enfados cuando no se consigue lo que uno quiere, el rechazo violento de las correcciones, la tibieza en la vida espiritual, el abandono de la adoración... Y por eso pedía a los hermanos: "Os recomendamos, sobre todo

- *El sentimiento de obediencia, imprescindible para ser verdaderos religiosos;*
- *El espíritu de pobreza y desapego, que predispone el alma a todos los sacrificios;*
- *La humildad sincera, que aleja de las murmuraciones".*

En ese contexto de enfriamiento del celo de los hermanos (de "mundanidad"), el Buen Padre vuelve su mirada a la Regla de san Benito y recomienda especialmente la lectura y meditación de algunos de sus capítulos (que encontraréis en la edición especial de las Constituciones que cada uno habéis recibido este año con ocasión del bicentenario).

Sin duda, hay muchas cosas en esos capítulos que nos pueden resultar aburridas o chocantes. ¡A san Benito no le gusta que los hermanos hagan chistes o se rían mucho! Algunos dirán que no somos monjes y que esa Regla no va con nosotros. Otros pensarán que san Benito ni siquiera respeta los Derechos Humanos...

Sin embargo, si leemos la Regla con la adecuada mirada hermenéutica, podremos encontrar en ella mucha sabiduría y, como hizo el Buen Padre, una fuerte interpelación a nuestro orgullo y egoísmo, que tanto necesitan de conversión. En realidad, me parece que la Regla benedictina provoca a menudo rechazo porque precisamente pone de manifiesto muy certeramente muchas de nuestras resistencias al Evangelio.

Los reproches que hacía el Buen Padre a los hermanos en 1824 pueden muy bien aplicarse tal cual a nosotros hoy, hermanos míos. No somos mejores que nuestros padres. Por eso os invito una vez más a que leáis y meditéis la explicación que el Fundador hace de la Regla en su carta del 11 de febrero de 1826 (páginas 56-57 del libro de las Constituciones del bicentenario). Cada uno encontrará ahí una pista para trabajar su propia conversión.

Por mi parte, os señalo tan solo dos aspectos en los que creo que la Regla de san Benito nos puede ayudar particularmente en estos tiempos que vivimos.

1. La humildad y el corazón

Decimos que nuestra Congregación se centra en el corazón. Es verdad. Pero no todo "corazón" vale.

El corazón puede endurecerse. El Evangelio habla de ese endurecimiento interior: por la dureza del corazón, no se acepta el designio originario de Dios (Mc 10,5); el Resucitado reprocha la falta de fe producida por la dureza del corazón (Mc 16,14; Lc 24,25); Jesús se entristece por la dureza del corazón de los que no aceptan amar (Mc 3,5); el corazón endurecido impide comprender lo que Jesús quiere (Mc 8,17); etc.

El corazón que nos interesa es el Corazón de Jesús. Es un corazón "manso y humilde" (Mt 11,29). Jesús nos invita a aprender de él. Nuestra comunidad está llamada a ser una escuela para ese aprendizaje. Aprender a ser humildes. Infelizmente, los estudios que hacemos, la mentalidad clerical que se nos inculca, el prestigio con que nos arrojan las personas que nos aprecian, los cargos directivos que a menudo ostentamos, y el individualismo que insensiblemente asimilamos de nuestra civilización, nos llevan justamente a lo contrario: al orgullo, que mina la comunión entre nosotros y debilita nuestro servicio a los más pequeños.

2. El buen celo (Regla de san Benito, capítulo 72)

Decimos que el celo apostólico es una característica de nuestra Congregación. Es verdad. Pero no todo "celo" vale.

Tenemos que trabajar, y trabajar mucho. Pero sabemos muy bien que hay trabajos que, aunque puedan resultar agotadores, nos encanta realizar porque nos hacen sentirnos útiles e importantes. A menudo, esa sobrecarga de trabajo es la excusa perfecta para desentenderse de nuestro compromiso con la oración y con la comunidad, y para alimentar una vanidad disfrazada de generosidad.

"Hay un celo malo y amargo que separa de Dios", dice san Benito. Un celo malo que lleva al "burnout", dirían los psicólogos hoy. El que se cansa con el celo malo tiene a menudo ganas de "desconectar" y de evadirse y se cree con derecho a ello.

El celo nuestro es otro. "Hay también un celo bueno que aparta de los vicios y conduce a Dios", añade san Benito. Es el celo de quien trabaja intensamente con humildad, sin ponerse en primer plano, con respeto afectuoso a los hermanos y a todas las personas, depositando toda su actividad entre las manos de Dios, que es el verdadero Señor de la mies. El que se cansa con el celo bueno necesita descansar, claro está, pero su descanso no será una huida sino una acción de gracias.

Aprendamos de los sabios consejos de san Benito. "Que no antepongamos absolutamente nada al amor de Cristo, y que Él nos lleve a todos juntos a la vida eterna" (cf. Cap. 72, 11-12).

